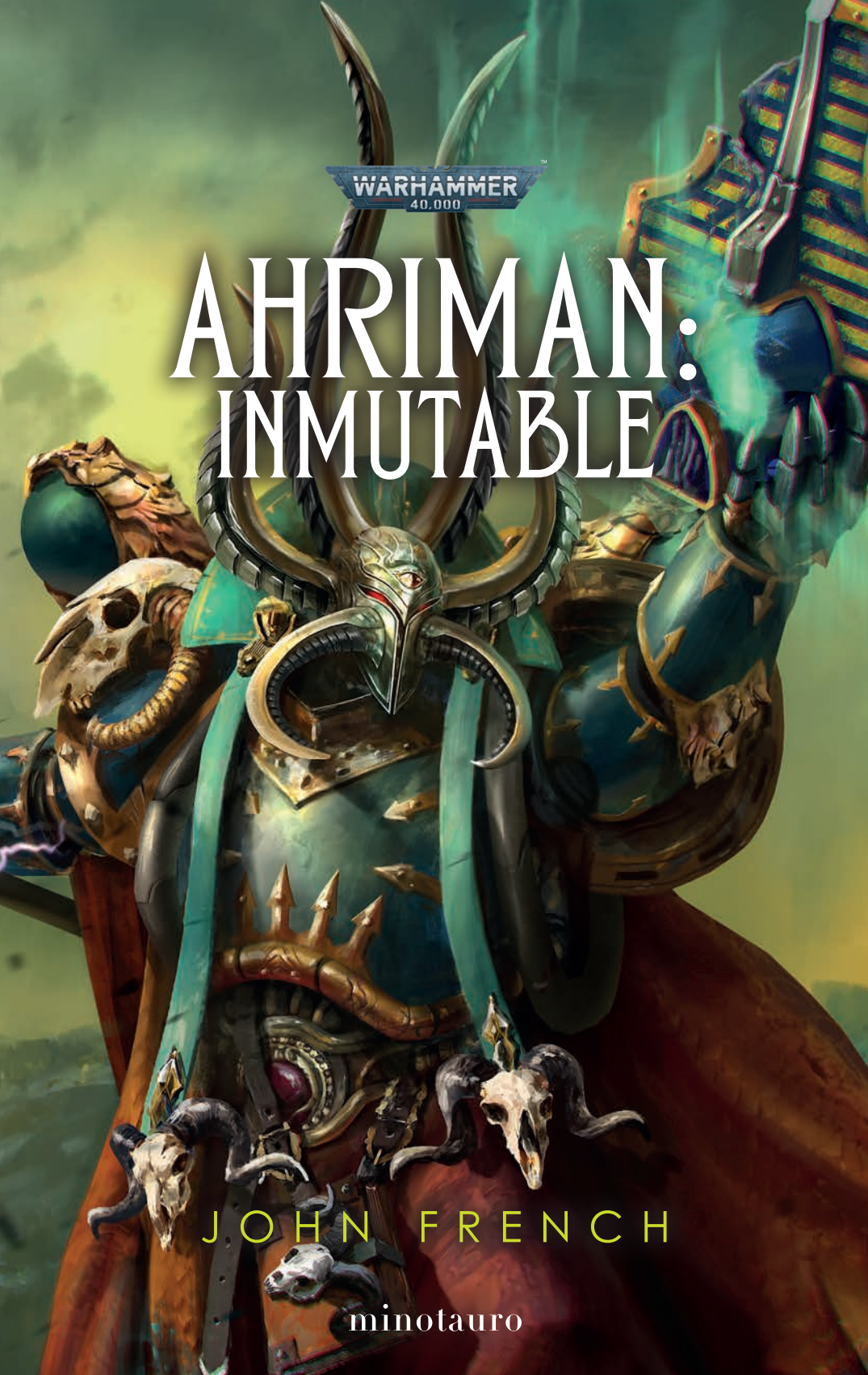




WARHAMMER
40,000

AHRIMAN: IMMUTABLE

JOHN FRENCH

minotauro



AHRIMAN: INMUTABLE

J O H N F R E N C H

minotauro

Abriman nº 03 Inmutable

Versión original inglesa publicada por Black Library.
Abriman: Unchanged © Copyright Games Workshop Limited 2015.

Abriman: Unchanged, Abriman nº 03 Inmutable, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™ y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Originally published as *Abriman: Unchanged*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
© 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Ariadna Cruz González, 2024
Ilustración de cubierta: Fares Maese
Ilustración Iconos de Tzeentch: John Blanche
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1881-1
Depósito legal: B. 13.913-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros



I

HECHICEROS

—«No estoy aquí para doblegarte —envió el Juramentado, mientras daba otro paso más hacia la figura solitaria que se encontraba en el centro de la cámara. Los relámpagos destellaban al otro lado del agujero irregular que había en la pared. El aire estaba saturado, cargado del olor almizclado de la vegetación podrida y el agua estancada—. Estoy aquí porque te necesito, Memunim. Estoy aquí para aceptar tu servicio».

El Juramentado se acercó un poco más. El bronce pulido de su armadura absorbía la penumbra del aire y lo convertía en una sombra más entre las sombras. Las piedras azules y verdes engastadas en las plumas y las garras también se veían oscuras, como los ojos al cerrarse. Solo el zafiro brillante que llevaba engarzado en la placa frontal del casco relucía. Despedía una luz azul, fría e inquebrantable. Su báculo de plata repiqueteaba con cada paso que daba, emitiendo un sonido grave y nítido a la vez, audible incluso por encima del fragor de la batalla lejana y los truenos.

Hubo otro relámpago; luego, otro más. Los estallidos resonaban en el espacio y los fogonazos dejaban entrever la tierra fétida que se extendía más abajo. Al mirar por el agujero de la pared, daba la impresión de que la sala estaba en lo alto de una torre. Pero no se encontraban en una torre, sino en una nave. La popa estaba enterrada en el pantano y la proa no era más que un minarete oxidado de armaduras y baterías de cañones. Los hongos se habían propagado por toda la estructura y habían engullido kilómetros de contrafuertes. La espina dorsal se había retorcido de tal forma que parecía un dedo torcido que hacía señas a las nubes grises. Vasta, enraizada y prácticamente desierta.

—«Ahora soy tu señor, hechicero» —declaró el Juramentado.

Memunim se tambaleó un momento, hasta que logró controlarse. La cimera alta de su casco era un eco de las tradiciones de Prospero, aunque su semejanza era bastante vaga. Unas serpientes talladas se deslizaban por la cimera, y la placa frontal se retorció para dar forma a unos dientes y unos ojos de cristal. Sus ropajes estaban hechos jirones y aún humeaban en los bordes. Aunque las placas de armadura ocultaban la sangre, estaba ahí, brotando de las heridas y la boca. El dolor lo atenazaba.

—«No me someteré a ti» —siseó Memunim.

—«Pero lo harás —aseveró el Juramentado—. Eres fuerte. Eres fuerte y honorable. Pero no lo suficiente, ni de lo uno ni de lo otro. Tampoco lo suficiente para igualar el odio que intentas ahogar en sangre».

Un muro de fuerza sacudió al Juramentado sin previo aviso. Un instante, la disformidad había estado en calma, y, al siguiente, se había convertido en un martillo contundente. Elevó su voluntad para hacerle frente, pero casi demasiado tarde. Se tambaleó. Unas astillas de luz empezaron a girar en el aire. Memunim atacó de nuevo y dejó escapar un gruñido impregnado de dolor y esfuerzo.

Pero esta vez el Juramentado estaba preparado. Su mente respondió a la onda de poder con la misma fuerza, instantes antes de que colapsara y quedara reducida a una punta afilada y solitaria. La onda se hizo añicos. Una esfera de luz actínica estalló hacia fuera. Una nota quedó suspendida en el aire, vibrando entre huesos, dientes y ojos. Detrás del único ojo de su casco, el Juramentado notó el sabor del metal caliente y el pelo quemado. Relajó los hombros y volvió a apoyar el báculo en el suelo. Memunim se había desplomado.

El Juramentado cerró la brecha que los separaba y bajó la mirada.

—«Naciste en las laderas de las Montañas de Cattabar, más allá de Tizca —afirmó el Juramentado con voz tranquila—. Los primeros rayos del sol se elevaban sobre el mar y te despertaban antes que al resto de la casa. A veces te levantabas, te sentabas en el alféizar de tu ventana y veías cómo el sol desfilaba por Tizca. La brisa del mar olía a sal y el rocío se mezclaba con el polvo. Cuando la legión...».

—«¿Quién eres?» —El aura de Memunim estaba envuelta en el rojo arbolado y el negro afilado de la ira.

—«Cuando la legión vino a por ti, una inusual tormenta había cruzado las montañas y la lluvia bailaba sobre las piedras de las calles y las caras de las pirámides.»

Memunim estaba temblando.

—«No puedes saber...»

—«Tu madre estaba orgullosa —prosiguió el Juramentado, mientras daba otro paso hacia delante—. Pero tu padre no quería que te fueras. “¿Cómo puedo dejar que se vaya?”, preguntó. “¿Cómo puede un padre dejar que su hijo se encamine hacia semejante futuro?”. A lo que tú respondiste...».

—«¿Cómo puedes saberlo?» —El pensamiento fue un rugido de confusión y rabia.

—«Tú respondiste que era todo lo que querías. Que debería estar orgulloso».

El Juramentado dio otro paso y se detuvo. El aura de Memunim se estaba contrayendo, endureciéndose. El Juramentado inclinó la cabeza levemente. El ojo de cristal de su casco era una estrella azul y fría.

—«Tu padre biológico murió diez años después y nunca volvió a verte. Nunca vio cómo su mundo ardía por la legión a la que había entregado a su hijo, nunca vio en qué te convertiste».

Un rugido desgarró la disformidad, al tiempo que una criatura surgía de Memunim. A ojos del Juramentado, parecía una serpiente alada hecha de luz roja y reflejos plateados. Era una forma mental, un constructo de voluntad y poder expulsado desde el cuerpo de un psíquico hacia la energía pura de la disformidad. Era un poder desligado de la carne y la materia, una sombra proyectada por la luz del alma, algo total y absolutamente peligroso. Se abalanzó sobre el Juramentado.

—«Ahora» —envió. La forma mental casi estaba sobre él, con la boca abierta como una enorme grieta de fuego y puñales. La miró fijamente.

Un estampido sordo inundó la estancia. Dos siluetas esbozadas con la luz de las estrellas cayeron sobre la forma mental de Memunim y la arrancaron de la disformidad. El suelo y el techo de la habitación se cubrieron de escarcha y luego estallaron en llamas negras. Memunim estaba de rodillas. Sangraba por los sellos del casco. Pero seguía vivo. El Juramentado pudo ver cómo el dolor palpitaba y se fracturaba en la mente del psíquico.

Giró la cabeza y observó las figuras que se habían materializado de la nada. Las escalas de zafiro de la armadura de Zurcos dispersaban la luz tenue, mientras avanzaba a la deriva con su túnica de harapos y jirones bailando al compás de un viento invisible. Calitiedies se acercó más despacio, con el cetro iluminado por llamas encadenadas y la pistola bólter desenfundada. Sus auras reflejaban la fatiga que traía consigo la manifestación de formas mentales. Nueve rubricae caminaban detrás de ellos, con las armaduras humeantes de color rojo y hueso, como consecuencia de su transición al plano real.

—«¿Está preparado?» —preguntó Zurcos. Su voz mental fue un siseo de estática y arena seca.

El Juramentado miró a Memunim, que seguía intentando reunir fuerzas para ponerse en pie.

—«Sí».

—«¿Lo ha jurado?» —preguntó Calitiedies.

El Juramentado no respondió, pero extendió una mano con la palma hacia arriba y los dedos abiertos. Memunim se elevó en el aire. Su mente y su voluntad se resistieron hasta que el Juramentado apretó el puño. Un instante después, el casco de Memunim se soltó y salió flotando con una serie de chasquidos y un siseo de presión. Tenía el rostro cubierto de cicatrices por quemaduras y marcas de puntos de sutura. De su ojos, boca y oídos manaba sangre medio coagulada.

—«Nadie... —empezó a decir Memunim—. Nadie podía saber esas cosas de mí».

—«Pero yo sí. Te conozco mejor que el padre biológico que nunca vio cómo te convertías en un guerrero. Eres fuerte, pero eres débil. Te preguntas qué fue del sueño que te trajo hasta aquí y, al mirarte, ves a una criatura aferrada a las sombras que les hace compañía a los cuerpos. Quieres volver a ser algo más, pero no ves cómo. Quieres seguir la luz, no sobrevivir entre las sombras. —El psíquico giró la cabeza. El Juramentado se encontró con su mirada vacilante—. Te conozco, Memunim, y es precisamente porque te conozco que sé que me darás lo que he venido a buscar».

—«...servicio...» —El pensamiento del psíquico era un borrón de conciencia difusa.

Zurcos soltó una carcajada. El sonido se unió al ruido distante de los disparos y de la batalla que se libraba mucho más abajo, a los pies de la torre.

—«Te daré más de lo que puedas soñar. De ti solo quiero lo único que importa: tu juramento».

En la estancia reinaba un silencio absoluto. Incluso la disformidad había quedado reducida a un murmullo de potencial casi imperceptible.

—«Preguntaste quién soy —dijo el Juramentado, mientras daba un paso más hacia delante. Su voluntad se estremeció y, un instante después, su propio casco se desprendió de su cabeza. Estaba lo bastante cerca como para ver su rostro reflejado en los ojos desorbitados de Memunim: una tez de piel lisa, sin cicatrices ni líneas de expresión, una boca de labios apretados y, sobre esa misma boca, un par de ojos que no eran ojos en

absoluto. Dos pozos de fuego lo miraban fijamente desde el reflejo. Se inclinó hacia delante y sintió cómo la mente de Memunim retrocedía ante su proximidad.

—Mi nombre —dijo. El sonido de su verdadera voz hizo que el hechicero se sobresaltara—. Mi nombre es Astraeos.

Los susurros de los demonios siguieron a Ctesias desde sus sueños. Se frotó la piel arrugada de la cara y escupió. Notaba el sabor de la ceniza y el azúcar en la lengua, lo cual nunca era buena señal. Cogió el cáliz de plata del brazo del trono de piedra y se bebió el vino de un trago. No sirvió de nada. Aún notaba el regusto dulzón y a quemado en la boca, y seguiría haciéndolo durante horas, pero los susurros tardarían aún más en desvanecerse.

Se incorporó lentamente. Las articulaciones le crujieron al enderezarse. Mientras dormía, se le habían formado nuevos nudos en la poca musculatura que le quedaba.

«Dormía». La simple noción casi lo hizo reír. Nunca dormía si podía evitarlo y, cuando lo hacía, nunca soñaba.

Miró la armadura que colgaba del marco de la pared que se encontraba frente al trono. Unos conductos de latón la conectaban a unos bloques de maquinaria ocultos detrás de las paredes, que alimentaban sus células y sistemas de energía. Su báculo, adornado con tiras de pergamino y piel curtida, estaba colgado junto a la armadura.

Se apeó del trono y bajó al estrado sobre el que descansaba. Las piernas le temblaron al soportar su peso, y el sabor a ceniza y azúcar a punto estuvo de provocar que sus estómagos expulsaran un chorro de bilis.

Contempló la armadura antes de centrar la atención en las doce losas de pavimento de piedra que lo separaban de ella. Cerró los ojos.

—Realmente no merece la pena —suspiró, al tiempo que chasqueaba los dedos. Unos códigos de fuerza arrancaron la armadura y el báculo de la pared. Los cables se desconectaron y el báculo empezó a girar en el aire, al tiempo que Ctesias levantaba los brazos delgados como si esperara un abrazo. La armadura se deslizó sobre su cuerpo pieza a pieza. El báculo, que fue lo último en llegar a sus manos, cacareó cuando sus dedos se cerraron en torno a él. Los rostros grabados en la fría lámina de hierro y plata se retorcieron y le sonrieron. Los ignoró y se centró en la sensación de fortaleza que le transmitía la armadura.

No era un ser débil, al menos no en términos mortales. Era capaz de partirle el brazo a un humano de un solo golpe o de luchar durante días

sin llegar a sentir verdadera fatiga. Pero la fuerza era algo relativo y, para un guerrero de los Thousand Sons, ahora era una criatura marchita, casi rota. Al menos en cuerpo. Pero su mente era otra cosa.

Rotó los hombros y escuchó el ronroneo de los haces de fibras al seguir el movimiento. Era tranquilizador. Siempre que necesitaba desplazarse por la *Palabra de Hermes*, o por cualquiera de las otras naves de la pequeña flota de Ahriman, prefería hacerlo enfundado en placas de armadura. Gilgamos, Kiu, Gaumata y los demás miembros del círculo de confianza de Ahriman solían vestir túnicas cuando la batalla no era inminente. Con la excepción de Ignis, por supuesto, a quien rara vez se le podía ver sin el armazón naranja fuego de su armadura de exterminador. Ctesias sonrió al pensar que, de entre todos sus hermanos de la legión, era él quien compartiría cierto grado de afinidad con el Señor de la Ruina.

No le molestaba su propia debilidad. Había sido su elección, uno de los muchos precios que había tenido que pagar a cambio de los nombres de los demonios que ahora residían en su memoria, a la espera de que los liberara. Ese conocimiento era superior a la fuerza de los músculos y los huesos. Aun así, prefería presentarse ante sus hermanos ataviado con la armadura, para llenar el espacio que la carne demacrada había dejado en su porte. Todo tenía un precio y él nunca había sido ajeno a ese hecho. Servía a Ahriman por la misma razón por la que el conocimiento que atesoraba le había costado en cuerpo y alma; era un precio por una recompensa, o una penitencia por una fechoría pasada. Como todo, dependía de cómo se mirara.

Asintió para sí y se humedeció los labios. Sería pronto. Ahriman los convocaría pronto y entonces... entonces él tendría que desempeñar su función.

—¿Y luego qué? —se preguntó en voz alta, prestando atención al sonido áspero de su voz—. ¿Qué hará Ahriman contigo cuando haya acabado?

Sacudió la cabeza. Aquella pregunta no tenía una respuesta útil y él, sencillamente, no tenía tiempo. Quería volver al Ateneo una vez más, antes de que los convocara.

Abandonó la cámara, envuelto en el crujido de los músculos y el zumbido de la armadura.

—«Helio Isidorus» —envió Ahriman. Un impulso de voluntad tan delicado como un hilo de seda atravesó el nombre. El rubricae permaneció inmóvil en la tarima de hierro. La luz de sus ojos se había extinguido y, en aquellos momentos, la armadura azul no era más que un peso muerto. Ahriman esperó, permitiéndose descansar la mente brevemente.

«La paciencia es la primera virtud de la sabiduría», pensó para sí.

El rubricae seguía sin moverse. Los cuencos de llamas que se encontraban sobre el altar consumían el poco aceite que les quedaba. La disformidad se había despojado del orden que él había impuesto y había recuperado su cauce salvaje. Los símbolos que habían fluido por la armadura del rubricae, como hojas que se deslizan sobre el agua, habían vuelto a hundirse bajo su superficie.

Volvió a centrar la mente y dejó que la quietud de la sala se filtrara en él. Aquel espacio era una de las forjas más pequeñas de la *Palabra de Hermes*. A su alrededor, un sinnúmero de crisoles enormes y martillos neumáticos acechaban en las sombras, fríos y silenciosos. El altar que había utilizado era, en realidad, la losa de un yunque. Su superficie lisa había servido para batir los metales hasta convertirlos en láminas con las que luego se daba forma a las armas. Ahora, sin embargo, servía para un nuevo propósito.

—«Helio Isidorus» —repitió.

Una luz creció en los ojos del rubricae. Ahriman respiró y volvió a tirar de él mentalmente.

El rubricae se levantó de la tarima. Despidió haces de luz plateada al moverse. Se enderezó y volvió los ojos de cristal hacia Ahriman. Oyó una voz demasiado lejana para comprenderla, pero lo bastante alta para percibirla. Por un momento, pensó que lo llamaba por su nombre.

Una puerta se abrió con estrépito a sus espaldas. El zumbido de los servomotores de una armadura pesada ahogó el silencio.

—«¿Un éxito?» —preguntó Ignis. Una sensación de contornos afilados y engranajes tintineantes invadió la mente de Ahriman.

—«Un éxito» —respondió este sin volverse.

Ignis se adentró en la sala, seguido del traqueteo de su guardaespaldas automática. La máquina recibía el nombre de Credence y seguía a Ignis a todas partes.

Helio Isidorus se estremeció al sentir la proximidad de la pareja. De repente, empezó a moverse, cogió una pistola bólter y la apuntó a los recién llegados antes de que la voluntad de Ahriman lo congelara donde se encontraba. Credence tenía los puños en alto. El arma que llevaba acoplada a la espalda había emitido un sonido metálico al armarse.

—¡Alto! —espetó Ignis. El automática se quedó inmóvil. Por un instante, los dos guardianes quedaron frente a frente y con las armas preparadas—. ¡Desiste! —le ordenó Ignis. Ahriman, por su parte, transmitió su voluntad a Helio Isidorus, que bajó la pistola bólter y volvió a colocarse en posición, inerte, pero alerta.

—«El grado de agresividad de ese rubricae es inusual» —comentó el Señor de la Ruina, mientras franqueaba la distancia que lo separaba de Ahriman.

—«Su nombre es Helio Isidorus —respondió—. Deberías acordarte de él. Compartió tres campañas contigo».

—«Intentó no acordarme de los muertos. Es un desperdicio de pensamientos».

Helio Isidorus retrocedió y se quedó inmóvil como una estatua.

Ignis se acercó al altar, extendió una garra plateada del guantelete izquierdo y le dio unos golpecitos.

La hoja de la garra emitió una nota alta y clara.

—«¿Has obtenido la información que necesitabas de esta última disección?».

«Disección». Ahriman sintió una punzada de rabia al oír aquella palabra, pero la reprimió. En el universo literal de resonancias simbólicas y numerología de Ignis, ¿qué otra palabra podía definir mejor lo que había hecho? Había obligado al espíritu de Helio Isidorus a caer una y otra vez hasta convertirlo en poco más que un murmullo atrapado en una coraza muerta. Luego había extraído la energía que animaba la armadura y la había hecho salir a la superficie, para estudiarla como un cirujano que hurga en los intestinos de su paciente. No era la primera vez que lo hacía; lo había hecho cientos de veces antes. No le gustaba, pero los rubricae siempre volvían a su estado normal en cuanto acababa. Sí, «disección» era un término tan adecuado como cualquier otro. Simplemente le desagradaba la connotación displicente que tenía.

Ahriman ahogó el sabor de la ira. Siempre se mostraba más proclive a la emotividad después de estos rituales.

—«No volverá a repetirse. He averiguado y corroborado todo lo necesario.»

—«Para la segunda Rúbrica» —declaró Ignis.

—«Sí» —respondió Ahriman. Sintió que sus pensamientos se detenían. Algo no iba bien. Ignis era una criatura de líneas rectas y caminos bien trazados, pero su presencia y la forma de sus pensamientos parecían alterados, como si siguieran patrones desconocidos.

—«¿Funcionará?» —preguntó Ignis, volviéndose para mirarlo directamente.

—«¿La Rúbrica?».

—«Sí».

Ahriman asintió lentamente.

—«Claro que tú no eras uno de los nuestros cuando yo... Cuando la camarilla lanzó el hechizo de la Rúbrica por primera vez. Tú no fuiste testigo de los pasos que llevaron a su conclusión. Solo viste el resultado».

—«¿Ahora soy uno de los vuestros?».

—«¿Acaso te importa mi respuesta?».

—«No».

Ahriman contempló cómo los electrotatuajes se difuminaban en el rostro impertérrito de Ignis.

«¿Qué puede estar haciendo dudar a una mente como la suya?»

Asintió despacio.

—«No será como la primera Rúbrica —envió con cautela—. El objetivo es el mismo. El resultado es el mismo que nos propusimos en un principio, pero no sucederá lo mismo. Han cambiado demasiadas cosas.»

Parpadeó. Sintió que una oleada de cansancio inundaba sus pensamientos. ¿Tal vez el ritual le hubiera afectado más de lo que había imaginado? Empezó a notar un hormigueo en las yemas de los dedos. El dolor le acarició los corazones. La lengua le supo a plata. Se llevó la mano al pecho antes de darse cuenta siquiera de que la había movido. Pensó en las esquiras de plata afiladas que se hundían lentamente en sus corazones, cada vez que su atención dejaba de centrarse en mantenerlos en su sitio. Las esquiras provenían de un proyectil disparado por una inquisidora llamada Iobel y, hasta el momento, había sido imposible extraerlos por medio de cirugía o hechicería.

«No —pensó—. Aún no. Todavía no».

Endureció su voluntad y el dolor del pecho desapareció. Cuando volvió a levantar la vista, aún notaba el sabor de la plata.

Ignis lo observaba en silencio, totalmente inmóvil.

—«Sabía menos cuando lancé el hechizo por primera vez. —Interrumpió sus pensamientos mientras se limpiaba la sangre de los labios. Esbozó una sonrisa amarga cuando vio los dedos manchados de rojo. —El poder que esgrimía entonces era... inocente. Y la maldición que afectaba a nuestra legión era algo más sencillo. Nuestros hermanos eran de carne y hueso; ahogados en mutaciones, pero de carne y hueso, al fin y al cabo. Ahora tratamos con espíritus, polvo y ecos de su existencia. La cura no puede ser exactamente la misma porque el punto del que partimos no es el mismo. Además, existen otras consideraciones».

Señaló a Ignis y luego a la nave y a todo lo que había más allá.

—«Somos menos de los que éramos en la camarilla. Además, ahora tendremos que ponerla en práctica mientras libramos una batalla

contra Magnus y nuestros hermanos que aún le sirven. —Hizo una pausa mientras sus pensamientos barajaban todas las posibilidades, incógnitas y factores. Su complejidad derivó en una paradoja que se perdía de vista en medio de una neblina gris. Dejo escapar un suspiro. —El hechizo que lanzaremos será la Rúbrica, porque ha crecido de la misma semilla y tiene el mismo propósito, pero solo es hermana de la primera, no su hija».

Ignis esperó un total de nueve segundos, ladeó la cabeza y parpadeó una sola vez.

—«Una respuesta muy precisa...» —empezó a decir.

—«...a una pregunta diferente —concluyó Ahriman—. Soy consciente de la pregunta que me has hecho y de la respuesta que te he dado, Ignis».

Se dio la vuelta, hizo un gesto acompañado de un hilo de voluntad e hizo que las últimas llamas se desvanecieran en los cuencos de aceite. De repente, unas sombras frías se cernieron sobre el altar vacío.

—«Creé la primera Rúbrica a partir del trabajo de Magnus —continuó—. Recuerdo cada detalle. He vuelto a las raíces de su obra. He indagado en sus conocimientos y pensamientos a partir de las palabras del Ateneo. He encontrado los defectos de la obra original y he creado soluciones para cada uno de ellos. He examinado la naturaleza de lo que nos ocurrió a nosotros y a nuestros hermanos. Lo he reconstruido y luego he vuelto a repetirlo, una y otra vez. Funcionará, porque esta vez parte de conocimientos que antes no existía. No tiene defectos».

—«¿Sin probarlo antes?».

—«No se puede probar. Probarlo es promulgarlo, y para eso hace falta algo más que simple poder. Cada factor debe ser perfecto. Para ello necesitamos volver al lugar donde se lanzó la primera Rúbrica y necesitamos el poder de una tormenta tan grande que dejará cicatrices en la disformidad. Necesitamos estar a los pies del trono de Magnus, entre el polvo de ese mundo. Entonces, y solo entonces, podremos hacer esto. Solo entonces funcionará.

—«Conozco los alineamientos necesarios».

Ahriman asintió.

—«Nunca te he dado las gracias, Ignis —dijo, dejando que una sonrisa cansada se dibujara en su rostro—. Por unirme a mí en esto, por todo lo que has hecho».

—«Adulación».

—«No. Sinceridad».

El Señor de la Ruina sacudió la cabeza.

—«Acudí a ti cuando necesitabas a alguien que pudiera avanzar tus designios. Conozco el valor de alguien ajeno, de alguien a quien nadie aprecia o en quien nadie confía. Para alguien como tú, ese valor es muy alto».

El aura y los pensamientos de Ignis no se habían alterado mientras hablaba. Sus palabras no eran un desafío, sino una declaración categórica de algo que él consideraba un hecho.

«Para él, esta empresa no es una búsqueda —pensó Ahriman—. Es un problema. Es eso lo que lo mantiene a mi lado; no el objetivo, sino el desafío y la belleza de su... forma. Al menos eso es lo que cree una gran parte de él».

—«Sé que no compartes el sueño, Ignis, pero eso no te impide formar parte de él».

El Señor de la Ruina asintió. Los tatuajes de su rostro se aquietaron.

—«Del mismo modo en que Sanakht es ahora parte de él».

A Ahriman se le erizó la piel al pensar en el espadachín, tan leal durante tanto tiempo. Al final, la locura y la amargura habían acabado transformando esa lealtad en traición. Ahriman había castigado su traición convirtiéndolo en el recipiente vivo del Ateneo de Kallimakus. En su mente volvió a ver cómo el fuego del Ateneo se avivaba al arrojar a Sanakht a su abrazo. Ahora permanecía sentado en la Cámara de las Jaulas y pasaba sus días recitando los pensamientos secretos de Magnus el Rojo. Solo Ignis sabía que Sanakht no se había entregado a ese destino de manera voluntaria.

—«Sí, ha cumplido su parte. Se ha ido, pero la mortalidad no es un lapso de tiempo, sino una ola que atraviesa el océano de la existencia, y eso no acaba cuando lo hacen nuestras vidas».

—«Poético —envió Ignis—. Nunca me ha gustado la poesía».

Ahriman se dirigió a una puerta que conducía al exterior de la cámara y a su siguiente tarea.

—«Tenemos un problema» —señaló Ignis, antes de que Ahriman pudiera dar más de dos pasos.

—«¿Sí?» —dijo, dándose la vuelta. El cansancio latente en su sangre y sus huesos, de repente se llenó de frescura e insistencia.

—«Con el Ateneo —prosiguió Ignis. Las líneas de su rostro se crisparon—. Y con Ctesias —Ahriman esperó—. Actúa de manera sospechosa —continuó—. Parece haberse obsesionado con el Ateneo. Las horas que no pasa murmurándoles a los nunca nacidos las pasa en la Cámara de las Jaulas».

—«Siempre existió ese riesgo».

El Señor de la Ruina enarcó una ceja.

—«¿Y si se da cuenta de que Sanakht no se lanzó al fuego por voluntad propia?».

—«Ninguno de los otros puede enterarse de lo ocurrido» —declaró Ahriman, antes de encaminarse hacia la puerta. Aún podía saborear la plata. No era una buena señal.

—«Esa es la segunda respuesta que evitas darme» —dijo Ignis.

—«¿La segunda?» —respondió sin volverse.

—«Pretendes lanzar la Rúbrica por segunda vez. ¿Cómo puedes estar seguro de que funcionará?».

Ahriman hizo una pausa. Se tragó el sabor del metal.

—«Funcionará —aseveró antes de reanudar la marcha—. Estoy seguro».